

Gedeon, David, Abrahan, Judit, fueron tan felices porque el Señor estaba con ellos. ¿Y con cuánta mayor perfeccion estuvo el Señor con María? El Padre fue con ella cuando la dió á su Hijo: el Hijo fue con ella cuando se hizo Hombre en su vientre: el Espíritu Santo fue con ella cuando la llenó de su divina gracia: el Señor fue con ella predestinándola y confirmándola en su amor: el Señor fue con ella en el pesebre, en Egipto, en el templo, en el Calvario y en el cenáculo. Inferid de aquí el fondo de felicidad que atribuí á María cuando rezais el Rosario y decís: *El Señor es contigo.*

26. Felicidad que publican todas las generaciones, y vosotros con santa Isabel cuando la decís en el Rosario: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.* En las primeras expresiones confesais que María se halló por una gracia especial perfectamente hermosa á los ojos del Altísimo en aquel primer instante en que el resto de los hombres son objeto de maldicion y de ira. La confesais exenta de las maldiciones á que están sujetas las demás hijas de Adán: la confesais bendita del Señor entre las Saras fecundas, entre las castas como Rut, entre las prudentes como Abigail, entre las fuertes como Judit, entre las Jaeles victoriosas, entre las Déboras valientes. Las segundas expresiones, *bendito es el fruto de tu vientre*, son como la torre de David fortalecida con mil escudos; porque con ellas los devotos del Rosario ponen perpétuo silencio á los que impiamente sentian que Jesucristo solo habia tenido un cuerpo aparente: contrarestan á Eutiques, que no queria confesar que Jesucristo hubiese tenido la misma naturaleza que nosotros; de modo que como en el siglo IV, para distinguirse los cristianos de los sectarios de Arrio, traian al cuello las decisiones del concilio de Antioquía, donde fue condenado este blasfemo: así los que rezan el Rosario hacen pública protestacion de las glorias de María para distinguirse de los enemigos que blasfeman contra ellas. ¿Y cómo no os acogeréis á su intercesion? Sientan lo que sintiesen los herejes, vosotros confesais en el Rosario que María es la Madre del verdadero Salomon, á quien este ha dicho muchas veces: *Pete, Mater mea: neque enim fas est ut avertam faciem tuam*: Pide, Madre mia. Por eso recurrís á ella é implorais su proteccion, cuando decís en el Rosario: *Ruega por nosotros pecadores.* Por eso os declarais sus vasallos; y así como Aurelio César determinó con público edicto que ninguno fuese reputado por su soldado que no llevase en el brazo cierta señal de su imperio; así vosotros, para ser conocidos por siervos de María y publicadores de sus glorias, lle-

vais el santísimo Rosario, le rezais públicamente, y estais prontos para responder á cuanto han opuesto los herejes contra esta piadosa devocion.

27. Dirá Calvino que los papistas (palabra con que piensa injuriarnos), que los papistas con temerario arrojo cantamos en el Rosario el Ave María que Dios no confió sino al Ángel. ¿Qué necia objecion! ¿No es una necedad decir que no nos es lícito tomar las palabras con que los Ángeles anunciaron el nacimiento del Mesías, y repetir con ellos *gloria á Dios en las alturas*? Pues ¿por qué no podrémos saludar á María con las palabras del Ángel? El ángel Rafael dijo á Tobías: *La alegría y la paz sea contigo*¹. ¿Se infiere acaso que no nos es lícito valernos de estas palabras? Y si nos es lícito imitar á san Rafael, ¿por qué no al arcángel san Gabriel? Lógica es del infierno, de la que se burlan los siervos de María, saludándola muchas veces en el Rosario con agrado de Dios y de su Madre, que mas de una vez ha inclinado la cabeza al oír estas palabras para corresponder á la ternura y piedad de sus devotos.

28. Se burlan los herejes del determinado número de oraciones de que se compone el santísimo Rosario: miran como vana supersticion, y como un entusiasmo gentil, propagado por ciertos hombres fanáticos é ignorantes, el que una parte del Rosario conste de cinco Padre nuestros y cincuenta Ave Marías, y todas tres de ciento cincuenta Ave Marías y quince Padre nuestros. ¿Qué importa que lo digan? No por eso serán capaces de entibiar el fervor de los devotos de María.

29. Los siervos de esta Señora, versados en la sabiduría, les harán ver que el determinado número no es supersticioso, pues lo enseñan las Escrituras, reglas invariables de la fe, y lo autorizan los Padres, órganos por donde descende á nosotros la verdad infalible. Les harán ver que en la ley natural tuvieron principio las décimas instituidas para el culto de Dios²: que en la ley escrita habia determinado número de ministros, de festividades y de sacrificios³: que Salomon, formado el tabernáculo, aceptó en nombre de Dios oblaciones de cierto número de ganados⁴: que David señaló determinados cantores y porteros para el servicio del santuario⁵: que en la ley de gracia, san Juan cuenta tres que dan testimonio de Dios en la tierra, el espíritu, el agua y la sangre⁶: que el Salvador eligió Apóstoles y discípulos en cierto número⁷: sació

¹ Tob. I. — ² Genes. XIV. — ³ Num. VIII. — ⁴ I Par. VIII. — ⁵ I Par. XXIII, XXIV. — ⁶ Joan. V. — ⁷ Matth. XIV.

á las turbas con cinco panes y dos peces: números que encerraban en sí grandes misterios; por lo que decía san Agustín ¹: El número determinado no es de despreciar, constando en las Escrituras santas; ni en vano se dice en alabanza de Dios, que todo lo dispuso en peso, número y medida. Así convencerán los siervos de María á los enemigos de su Rosario, y tendrán derecho para decirles en tono de irrisión y de burla: *Videte, contemptores, et admiramini.*

30. Y descendiendo á cada uno de los números que censuran los herejes, les pondrán delante de los ojos, que si consta de cinco Padre nuestros su Rosario, tambien fueron cinco las partes que dió José en el convite á su hermano Benjamín ²: cinco las estolas que dió á este mismo ³: cinco las columnas del tabernáculo de madera setin ⁴: cinco los codos que tenia de altura el altar ⁵: cinco los siglos con que se redimía en el templo el primogénito ⁶: cinco las ciudades de refugio ⁷: cinco los príncipes de Madian destrozados por los israelitas ⁸: cinco los exploradores enviados por la tribu de Dan ⁹: cinco las piedras de David ¹⁰: cinco las palabras de la consagración del pan: cinco las palabras del ladrón. Ved, pues, los que despreciais, y admiraos: *Videte, contemptores, et admiramini.*

31. Les pondrán á la vista que si son cincuenta las Ave Marías con que saludamos á la Reina de los Ángeles en el Rosario, tambien son cincuenta los años que se contaban para el jubileo pleno de los judíos ¹¹, en el cual las posesiones se restituían sin precio á sus legítimos dueños, se rebajaban las deudas, y se daba libertad á los esclavos: el salmo de la misericordia que cantó David, y por el que mereció oír: El Señor te ha perdonado tu pecado, es el salmo cincuenta ¹². Cincuenta días despues de la Resurrección envió el Señor su Espíritu Santo para que abrasase á los Apóstoles ¹³. Ved, pues, los que despreciais, y admiraos: *Videte, contemptores, et admiramini.*

32. Les harán comprender, que si son quince los Padre nuestros del Rosario, tambien son quince aquellas partes que se han de ofrecer á Dios para librarnos del mal que ha de venir, segun la frase del Eclesiástico ¹⁴: tambien fueron quince los santos Profetas del Viejo Testamento. Samuel, Elías, Eliseo, Jonadab, Isaias, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Amós, Miqueas, Nahum, Ageo, Zacarías, Joel y Oseas: *Videte, contemptores, et admiramini.*

¹ S. Aug. lib. II de Civit. Dei. — ² Genes. XLIII. — ³ Ibid. XLV. — ⁴ Exod. XXVI. — ⁵ Ibid. XXVII. — ⁶ Levit. XXVII. — ⁷ Josue, XXI. — ⁸ Num. XXXI. — ⁹ Judith, XVIII. — ¹⁰ I Reg. XVII. — ¹¹ Levit. II, XXV. — ¹² Psalm. L. — ¹³ Act. I. — ¹⁴ Eccli. II.

33. Les harán ver que si son ciento y cincuenta las salutations que hacemos á María en el Rosario, tambien fueron otros tantos los salmos de David ¹: otros tantos los dias en que comenzaron á disminuirse las aguas del diluvio ²: otros tantos los saltos del Líbano, en los que se figuraron, como quiere san Bernardo ³, las excelencias y grandeza de la santísima Virgen. Ved, pues, los que despreciais, y admiraos: *Videte, contemptores, et admiramini.*

34. ¿No hay mas que decir de los defensores del Rosario? Sí: los siervos de María colocados en la Santa Silla publicarán las grandezas del Rosario, contrarestando á las blasfemias de sus rivales con mil anatemas y censuras, abriendo por otra parte sus tesoros para dar valor á esta devoción. Así lo practicaron Urbano IV y Pio IV, Sixto V y Pio V, Alejandro VI y Adriano VI, Clemente VII, Leon X, Clemente XIII, Benedicto XIV, y Juan XXII.

35. Los siervos de María elevados al trono han desenvainado la espada para defender la honra de su Rosario, y á semejanza de los ancianos del Apocalipsis, han arrojado sus coronas á sus plantas en señal de servidumbre. Entre los emperadores los Carlos y Enriques: entre los reyes de Francia los Luises y Robertos: entre los de España los Felipes y Fernandos: entre los de Polonia los Uladislaos y Segismundos: entre los de Hungría los Luises y Ladislaos: entre los de Portugal los Juanes y Manueles: entre las emperatrices las Isabelas y Cunegundas.

36. ¿Y los ignorantes? ¿Y el pueblo sencillo? ¿Y la juventud bien criada? ¡Ah! aquí se cumple lo que decía David: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos.* Apenas se toca á Rosario, cuando el pequeñuelo despierta y sacude el sueño, el artesano, el pobre jornalero cesa de sus negocios, y se acerca al trono de su dulce Madre para exhalar en honor suyo lo mas tierno de su corazón: el templo es el lugar de su habitación, como tambien de sus sacrificios: las bóvedas resuenan con los cánticos de su alabanza, el fervor de sus ecos dice el de su corazón; y la pompa santamente excesiva con que celebran á María, pone en fuga vergonzosa á los enemigos de su Rosario.

37. ¡Qué ladridos tan rabiosos no dan estos canes envenenados al ver que los devotos del Rosario sacan á María por las plazas y calles en solemne procesion! Pero en vano: porque si la arca de la alianza cargada en los hombros de los levitas y sacerdotes fue llevada al lugar destinado en Jerusalem; ¿por qué no pasearán á Ma-

¹ III Reg. VII. — ² Genes. VII. — ³ S. Bernard. serm. IV de Assumpt.

ría los devotos del Rosario por el ámbito de su ciudad? Ellos representan los viajes de esta Señora á visitar á su prima en las montañas de Judea, cuando se partió á Belen para dar á luz el mejor fruto: cuando caminó al templo para ofrecer al Salvador: cuando huyó á Egipto para libertarle de un cruel tirano, y cuando le acompañó al Calvario, inundada en un mar amargo de penas. ¿Y qué cosa mas santa, mas religiosa, ni mas honrosa para María santísima? ¿Con qué razon podrán hablar palabra los herejes?

38. Continúad, fieles, en vuestra devocion, que es tanto mas agradable á María, quanto por ella la verdad triunfa de la mentira, y publicais las grandezas de esta Señora, cuando los impíos blasfeman de ella.

39. ¿Por qué es tan alabada la fe de Tobías? Porque cuando el pueblo sacrificaba á los ídolos de Jeroboam, él alababa á Dios en el templo de Jerusalem. ¿Por qué prometió el Salvador el paraíso al ladrón, y se le dió de contado? Porque le confesó cuando todos le negaban. ¿Por qué se celebra la mujer del Evangelio? Porque levantó la voz en defensa de Jesucristo cuando calumniaban su divinidad los fariseos. ¿Y no serán agradables á María vuestros obsequios, cuando por ellos esta Judit corta la cabeza á tantos Holofernes: cuando esta Débora traspasa las sienas de tantos soberbios Sísaras: cuando con la piedra del Rosario postra á tantos Goliats, y pone silencio á los herejes hasta obligarlos á decir con Balaam: Qué bellas son tus tiendas, ó Jacob, y qué deliciosas tus concurrencias? Cantad el Rosario, pedid en él lo que queráis: el Dios excelso y su santísima Madre han franqueado su misericordia á los que así le alaban y glorifican; viniendo á ser esta devocion no solo primera por el honor distinguido que resulta á María, *gloria honoris*, sino tambien por la utilidad estimable que á nosotros nos resulta: *Opus virtutis*. Y es el objeto de la tercera parte.

Tercera parte: El santísimo Rosario es el primero por la utilidad estimable que á nosotros nos viene.

40. Guerra es, dice Job¹, la vida del hombre en la tierra. Peleamos con mil peligros, y hallamos mil escollos en los objetos que nos cercan. Y lo que es peor, peleamos con unos enemigos invisibles, que son espíritus soberbios, y por lo mismo llenos de una malicia que no puede explicarse: espíritus proveidos de armas de fie-

¹ Job, vii.

reza y fortaleza, llamados, aunque de las tinieblas, príncipes y potestades por los vencimientos que han conseguido de tantos infelices. No es nuestra guerra, decia el Apóstol, con la carne y la sangre, sino contra los príncipes de las tinieblas: *Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem: sed adversus mundi rectores tenebrarum harum*¹. Con estos vivimos en continua pelea, escribia el Padre san Agustin²; pero ¡oh! ¡y qué rara es la victoria! Sin duda necesitamos una fuerza superior que nos sostenga; ¿y dónde encontraréis esta mejor que en el Rosario de María? Él está simbolizado en la torre de David, ceñida de inexpugnables baluartes para resguardo de los fieles: *Sicut turris David, que edificata est cum propugnaculis*, y de la que penden mil escudos, y todo género de armas para el vencimiento de sus enemigos: *Mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium*³. Quiero decir, que el Rosario nos trae la utilidad de sostenernos en los peligros de la vida, y fortalecernos contra los enemigos de nuestra salud espiritual.

41. Predica mi Rosario, dijo la Señora al gran Domingo, segun la relacion del beato Alano de Rupe⁴, excita á los pecadores á alabarme, persuádeles la utilidad que consiguen, y los bienes que encierra el Rosario para sostenerse en los peligros de la vida. Y en verdad que son mas grandes estos bienes de lo que vosotros imagináis. Un pequenuelo necesita un padre que sea su luz, su guia y su proteccion; nosotros somos estos pequenuelos que caminamos por el desierto del mundo tan débiles y tan flacos, que toda nuestra fuerza descende de Dios: el Rosario, pues, nos promete un Padre amoroso que sostenga nuestra debilidad, y anime nuestra flaqueza, y esto confesamos cuando decimos: *Padre nuestro*.

42. El que atravesara un campo cubierto de dragones y serpientes, cuyo veneno acabase con los caminantes, ¿necesitaria de un varon fuerte, invulnerable, que le transportase en hombros? ¡Ah! que nosotros transitamos por esta tierra cubierta de los monstruos de los pecadores; ¿y quién podrá libertarnos, sino el Salvador que dominó á la muerte? Pues á este Libertador nos ofrece el Rosario, cuando decimos en él: *que estás*.

43. Vivimos en una tierra tenebrosa y cubierta con las sombras de la muerte: necesitamos de la claridad del cielo; digamos, pues, muchas veces en el Rosario: *en los cielos*, y nos iluminará Cristo,

¹ Ephes vi. — ² S. August. serm. CCV, de Tempore. — ³ Cant. iv. — ⁴ B. Alan. de dignit. Psalt. cap. 17.

que es, según san Agustín, el sol de justicia y la estrella que nació de Jacob.

44. El pecador es digno de muerte; y de hecho muere á la gracia y á la vida eterna, desde el instante en que se aparta de Dios: necesita, pues, de la santidad, ó de valerse de la protección de los Santos para no ser eternamente infeliz. Y esto es lo que nos promete el santísimo Rosario cuando decimos: *santificado*; porque por él podemos ser santificados, y en él se nos promete el patrocinio de los Santos, porque en él honramos al Bautista, á Zacarías, á santa Isabel, al anciano Simeon, á la profetisa Ana, á san Pedro, Santiago y san Juan, á la Magdalena, al buen ladrón, al Centurion, á los Apóstoles y discípulos, á los padres del limbo, á los Ángeles que asistieron al sepulcro de Jesucristo y á la coronación de María.

45. Peregrinamos en este país donde se habla una lengua extranjera y no oída en la ciudad celestial á que anhelamos, en la cual se habla la lengua de los Ángeles. El Rosario es la escuela donde aprendemos esta lengua celestial, cuando decimos: *tu nombre*. Este nombre es la palabra de Dios, y la palabra que todo lo hizo de nada.

46. Un rey tirano nos oprime: tal es el mundo. Es necesario implorar el poder de un príncipe mas poderoso; y esto hacemos cuando decimos en el Rosario: *venga á nos el tu reino*; el reino de Dios, que, como dice el Crisóstomo, venció todos los reinos de la tierra.

47. Los enemigos nos rodean: es necesario, ó tener un salvoconducto, ó quedar cautivos. Este salvoconducto, esta santa libertad nos ofrece el Rosario cuando decimos: *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*. Pues, como dice san Agustín, la perfecta libertad consiste en seguir la divina voluntad; porque servir á Dios es reinar.

48. ¡Qué estéril, qué miserable es este mundo! No es capaz de alimentar el espíritu, ni aun de sustentar el cuerpo, si Dios no da el alimento. Por el Rosario pedimos á Dios el sustento para el alma y para el cuerpo cuando decimos: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy*.

49. Somos deudores á Dios, y dignos de un infierno eterno; pues el Rosario nos reconcilia con Dios cuando decimos: *perdónanos nuestras deudas*; porque él mismo ha dicho: *Cum clamaverint*

ad me, exaudiam eos, et ero illorum Deus. Y aun para atraer mas su piedad nos proporciona esta oración el que ofrezcamos á Dios el perdón de nuestros enemigos; porque él ha dicho que perdonará al que perdona: *Dimittite, et dimittetur vobis*.

50. Si navegáramos por un mar tempestuoso, y en la ribera opuesta el rey y la reina nos ofreciesen grandes tesoros, ¿no nos valdríamos de su poder para cortar las olas? y ellos generosos ¿no nos franquearían el auxilio? El mundo es este mar: las olas enfurecidas son la lujuria, la gula, la avaricia, la soberbia, la ira, la envidia: Jesucristo y María nos ofrecen su favor para vadearle, y nos le franquea con generosidad, cuando le decimos en el Rosario: *libranos de todo mal*.

51. Dispensadme, señores, de que haga una narración delicada de otros tantos socorros que nos adquirimos por medio de la angélica Salutación que repetimos en el Rosario: vosotros lo sabéis que bajo el auxilio de este antemural de protección se hicieron insensibles á los encantos del mundo las Catalinas de Sena y Narni, las Rosas de Santa María, las Ineses del Monte Policiano, los Alanos, los Vicentes, los Susones, los Félix de Cantalicio... Se cansa mi memoria. El soberano pontífice Pio V en su bula *Consueverunt* asegura que desde el feliz momento en que santo Domingo anunció al mundo el santísimo Rosario, luego resplandeció la piedad, y los pecadores buscaron á Dios con todo el corazón; y como añade un escritor de mérito, por la compostura y devoción se venía en conocimiento de los devotos del Rosario¹, como de los que no lo eran por la vida estragada y el lujo de sus vestidos. No hay duda que el Rosario es el broquel y la esperanza de salud de que habla san Pablo²: la luz que ilustra y da discernimiento á los pequeños en el idioma de David³: el estímulo de la virtud con que nos incita aquella Madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza⁴; porque, como aseguró la santísima Virgen, ninguno rezará seriamente su Rosario que no se mude de lascivo en casto, de iracundo en manso, de soberbio en humilde, de codicioso en liberal: que no encuentre en el Rosario medicina para sus enfermedades, cáustico para sus llagas, báculo de fortaleza para su debilidad, hasta que vencedor de los peligros del mundo, también lo sea igualmente de los enemigos invisibles que le presentan continua guerra. Todavía veo otra utilidad que produce el santísimo Rosario.

¹ Joan. Andreas, lib. II de fraternit. Rosarii, cap. 25. — ² I Thes. v. —

³ Psalm. cxviii. — ⁴ Eccli. xxiv.

52. Para comprender mi pensamiento, figuraos que el demonio, armado de todas las astucias y máquinas que le son propias, acomete á un devoto del Rosario, le rodea como rabioso leon con toda la ferocidad con que le pinta el santo Job, y le describe san Pedro; pero al mismo tiempo el devoto de María se arma con la armadura de los fuertes, é invoca á María por medio de su Rosario. ¿Vencerá el demonio ó triunfará? ¡Ah! la santísima Virgen trata á sus devotos con la misma bondad que á los nuevos esposos de Caná en Galilea: en el instante en que entró en las bodas, suplicó á su Hijo convirtiese la agua en vino, de que tenían necesidad. Y bien: ¿no podré decir con san German patriarca de Constantino-*pla*: *Si hæc fecit invitata, quid invocata?* Si dió tales pruebas de su piedad únicamente por hallarse en el convite, ¿qué no hará con los que invocan su favor, con los que claman sin cesar: *ruega por nosotros peccadores?* ¿Se olvidará de aquellos, de quienes dijo por el Eclesiástico, que sería maestra, madre y amiga, porque ellos eran sus siervos y esclavos?

53. Si la oracion por sí sola vale mucho, segun la palabra del Savador¹, y por ella venció el pueblo al soberbio Amalec, Elías se burló de las furias de Acab, Judit del cerco de Holofernes, ¿qué no obrará la santa oracion del Rosario? ¿esta oracion que se une con los méritos de María? La Virgen ha asegurado que librará á sus devotos, porque esperaron en ella: *Quoniam in me speravit, liberabo eum*². Como aquella célebre mujer, que para librar de las violencias de Absalon á Aquimas y Jonatás³ los escondió en un pozo, y cubrió su boca con un velo; así María, para librar á sus devotos de las tiranías del demonio, los cubrirá con el precioso velo de su proteccion; y como que es semejante á un ejército dispuesto en batalla, segun la expresion de los Cánticos⁴, peleará contra el demonio, le arruinará y confundirá, porque es mas poderoso su favor, y mas terrible á los demonios, que el de toda la coleccion de los Santos, segun la expresion de Alberto Magno: *Ita terribilis est demonibus sicut universa collectio Sanctorum omnium*⁵.

54. Aun digo mas: mi pensamiento es que aunque el devoto del Rosario haya abandonado las obligaciones del cristiano, y se haya hecho por propia voluntad esclavo y juguete del demonio, todavía no debe desesperar. Las madres observan con sus hijos enfermos una conducta muy diferente que los médicos. Cuando estos

¹ Luc. v. — ² Psalm. xc. — ³ II Reg. xvi. — ⁴ Cantic. vi. — ⁵ Albert. Magn. tom. II; Collat. 2, et item ratione.

ven que sus remedios son inútiles, abandonan el enfermo: las madres no desamparan la cabecera de sus hijos, los animan y les dan de cuando en cuando refrigerio, permaneciendo á su lado hasta el último suspiro. María santísima os mira con igual ternura: es una madre que siente en sus pechos el peso de la leche de su bondad, cuando no la reparte á sus devotos. Por esto doblará sus cuidados y sus súplicas ante el trono del Padre celestial, y como la sábia Abigail disculpará vuestra terquedad é ignorancia: hablará aquellas palabras compuestas que puso Joab en la boca de la mujer Tecuites para reconciliar á Absalon con su padre¹, á las que no pudo resistir el corazon amoroso de David, y las que detendrán la justicia vengadora del Padre celestial, é inclinarán los ojos de su misericordia para hacer las amistades aun con los hijos desagradecidos. ¿Y qué parte sacará entonces el demonio en esta lucha? En verdad que ninguna. María triunfará por medio del Rosario, porque esta gran devocion siempre ha sido devocion de victoria.

55. Con nombre tan glorioso se intitula esta solemnidad llamada la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria por órden de los soberanos pontífices Pio V y Gregorio XIII; y con justísimo fundamento. En aquel tiempo feliz en que el Padre de los predicadores enseñó el método de rezar el santísimo Rosario, infestaban la Francia los herejes albigenses, y con furor diabólico pervertian la santidad de la Religion y el buen órden del Estado; entonces el Rosario fue la lámpara de Gedeon que ocasionó el abatimiento, la confusion, la fuga de las tenebrosas escuadras de aquellos madianitas. En los siglos posteriores cuando el bárbaro Otomano, ensoberbecido con los triunfos que habia alcanzado en las provincias cristianas, meditaba conseguir otros mas grandes, y presentó en el golfo de Lepanto una armada naval, que antes de combatir con la nuestra creia haberla vencido con solo su aparato formidable: cuando este bárbaro se decia á sí mismo: *Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea: evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea*²; entonces, ¡oh día afortunado! con el santísimo Rosario venció María: el Rosario fue para nosotros como la columna de fuego contra los egipcios³. El mar en otro tiempo se dividió en dos partes á la vista de Israel: ahora congrega sus aguas para sumergir á los enemigos de la Iglesia, arrojando á la parte del ejército cristiano los despojos de los bárbaros, como lo habia hecho para enriquecer al pueblo escogido con los despojos de Faraon y de

¹ II Reg. xiv. — ² Exod. xv. — ³ Psalm. cxiii.

su ejército¹. El hijo de Carlos V, el devoto D. Juan de Austria, como el capitán Barac, consigue la victoria con el auxilio del santo Rosario que entonces se cantaba en Roma y en toda la cristiandad².

56. En nuestros mismos días, en nuestro siglo, ha sido el Rosario la poderosa arma de dos completas victorias contra los bárbaros infieles: una la de las armas cesáreas en la Hungría, otra las de Venecia en el Archipiélago. Ni os olvideis de aquel valeroso caballero muy devoto del Rosario, que asaltado con sus pocos compañeros por una multitud de enemigos viéndose sin fuerza para resistir, y sin arbitrio para la fuga, la santísima Virgen, á quien invocó en su aflicción, los derrotó con ciento y cincuenta piedras, número correspondiente á las Ave Marías que componen el Rosario. Estos han sido los motivos que movieron á la Iglesia para consagrar este día al honor del Rosario de María con el título de la Victoria; así como en la ley antigua se estableció la fiesta de la Pascua en memoria de la salida de Egipto; la fiesta de Pentecostes por haber recibido la ley; la fiesta de los Tabernáculos para no olvidar los beneficios que había recibido el pueblo en el desierto. Y este es igualmente el motivo porque en este gran día se despliegan en las torres y edificios banderas y gallardetes: porque si las armas con que Judit degolló al Asirio, y los instrumentos de guerra de Holofernes, se ofrecieron en anatema de olvido colocados en el templo; si allí mismo se depositó la espada con que David³ acabó con el Gigante para publicar la victoria, así quiere la Iglesia que se tremolen estandartes y banderas en su templo en el día del Rosario, en acción de gracias de los grandes triunfos que se han conseguido con esta devota advocación.

57. Si así se porta María cuando se trata de combatir enemigos de la tierra, ¿qué no hará para que triunfeis de los enemigos del infierno? ¿Cómo dejará de ayudaros en una lucha en que se interesa nada menos que la conquista del reino eterno? ¡Ah cristianos! la Virgen alcanzará auxilios proporcionados á la necesidad, santos pensamientos contra los mundanos, afectos celestiales contra los de la carne, inspiraciones divinas contra las sugerencias diabólicas: de los débiles hará fuertes, de los tímidos valerosos, de los tibios fervorosos, de los pecadores santos. María santísima con su brazo invencible postrará al demonio, le hará conocer que fue formado para objeto de burla y de ludibrio⁴, y que debe someterse á su planta

¹ Exod. xiv. — ² Judic. iv. — ³ Judith, xvi; I Reg. xxi. — ⁴ Psalm. cmi.

para pisarle la cabeza¹. Así ha triunfado María, y triunfará siempre que se rece su Rosario.

58. ¡Que no tenga yo tiempo para referiros por menor los triunfos espirituales que se han conseguido por medio del Rosario! Si no temiera molestaros, os mostraria en Lombardía convertidos mas de cien mil herejes albigenses: en Roma á la célebre y escandalosa Catalina mudada en una Magdalena penitente: en Francia á dos caballeros enemistados reconciliados repentinamente. Otros muchos ejemplares os alegraria de que fueron testigos Italia, España, Francia y otros reinos; todos debidos á la meditacion del Rosario, de esta gran devoción, de la que se puede decir lo que Tertuliano de la ley de gracia: Que cuantos la meditaban seriamente se convertian á Dios, por mas ciegos que estuviesen en la idolatría: *Ibat meretricem, ibat amasium, et revertebatur sanctus*².

59. Ved ahí la abundancia de bienes que gozarian todos los cristianos si fuesen siervos de María y tuviesen el fervor que es necesario, como decia el profeta Zacarías: *Adhuc civitates affluent bonis*. Pero ¡qué desgracia es que haya algunos de quienes se puede decir con Jeremías que se han olvidado de recoger tan grandes bienes: *Oblitus sum bonorum!* Estos infelices llegará dia en que implorarán á María santísima, y esta se desentenderá de sus súplicas: no los tendrá por hijos, porque ellos no la eligieron por Madre. ¡Felices vosotros, que os habeis acogido á su protección! nada os faltará si continuais en esta devoción, que es la primera por la eminencia del precio que en sí contiene, por el honor distinguido que resulta á la santísima Virgen, y por la utilidad estimable que á nosotros nos viene: *Signum sanctitatis, gloria honoris, et opus virtutis*.

60. Vos, gran Reina, santísimo portento, como os llamó san Ignacio mártir; prodigio celestial, como se explicó vuestro siervo san Efrén; abismo de piedad, en frase del Damasceno, mirad con ojos compasivos á vuestros devotos: haced que acompañen á su lengua los afectos del corazón, y á la meditacion de los misterios del Rosario la imitación de la vida de Jesucristo. Sed madre para ellos, y aun hermana, para que por Vos sean tratados con misericordia, como le sucedió á Abraham: *Obsecro quod soror mea sis, ut bene sit mihi propter te, et vivat anima mea ob gratiam tui*³. Conseguídes de vuestro Hijo que lloren sus culpas y sus gravísimos delitos aquí en los atrios del Señor, en medio de Jerusalén, para que canten despues vuestras alabanzas en la gloria. Amen.

¹ Genes. iii. — ² Tertulian. in Apolog. cap. 5. — ³ Genes. xii.